

2

El sol había pasado su cenit hacía largo rato. La sombra de los edificios más altos habían cubierto las calles más estrechas y comenzaban a proyectarse sobre las fachadas . Las avenidas comenzaban a perder su color y en poco tiempo se tornarían frías y monocromáticas. Sus viandantes pasearían entre el baile de luces y sombras que solía vestir la Barcelona nocturna, pero mientras el sol aún estuviera presente unas pocas horas más, muchos eran los que se lanzaban a las calles de la ciudad condal para regresar a sus hogares, atestando las vías públicas. Un éxodo masivo que se daba lugar todas las tardes, cuando la jornada laboral llegaba a su fin para suerte de muchos.

Los coches circulaban con furia entre las calles. El rugir de los motores se mezclaba con la premura de los peatones por llegar a tiempo a cualquier parte. La velocidad de vida la marcaba la intermitencia de los semáforos, quienes decían cuando avanzar y cuándo detenerse según el color que luciese, pero el espíritu humano no es dado a la paciencia cuando el ego no ha sido satisfecho y aquellos pequeños detalles cotidianos, que indican normas de convivencia, a menudo eran ignoradas.

La furgoneta negra tuvo que frenar cuando un turismo se cruzó en su camino al saltarse una señal de stop. La impaciencia quiso que aquello fuera así y acto seguido la hipocresía se manifestaba en su máxima expresión cuando el conductor del turismo levanto una mano en señal de protesta.

— ¡Tu puta madre la calva! — le gritó el conductor de la furgoneta negra.

Su nombre era Ahmed, de origen marroquí. Llevaba viviendo en Barcelona desde que era apenas un crío. Había trabajado de portero de discoteca durante muchos años y conocía las artes de la lucha.

Tenía pelo corto y unas facciones marcadas. Un cuerpo trabajado y desarrollado. La fuerza bruta era su principal herramienta de trabajo y lo lucía con orgullo.

— Y así nos va — dijo Benito, que iba en el asiento del copiloto.

Ahmed reanudó la marcha y pisó el acelerador, tenían trabajo por delante y era mejor no entretenerse con nada ni nadie si querían tener éxito.

La furgoneta de color negra y cristales traseros tintados, circulaba por las calles como un

vehículo más entre los cientos que abarrotaban las arterias de la ciudad. Nadie podía sospechar las intenciones que se fraguaba en su interior.

— Gira a la derecha en la próxima calle — indicó Benito mientras ojeaba su teléfono.

Ahmed estaba siendo guiado mediante una aplicación GPS en el móvil de Benito.

La furgoneta giró en la dirección indicada, acatando las normas de circulación con elegancia. Desde lo alto, el semáforo imponía su autoridad a quienes quedaban bajo su mirada, y estos le obedecían según su color. A un lado y a otro de la calle, las señales verticales se mantenían firmes como agentes de tráfico, mostrando diversas indicaciones para mayor visibilidad de quienes se desplazaban por el asfalto. Mientras que la enorme lengua de alquitrán, que discurre por todo el planeta, tenía diversas líneas trazadas en su superficie para mantener de cerca el orden y alejado el caos.

Ahmed condujo la furgoneta siguiendo las órdenes de Benito y esta aminoró la marcha cuando se acercó a la zona de carga y descarga destinada al reparto de mercancías. Allí pararon el vehículo, señalando la debida maniobra.

Benito ya se había estudiado la zona semanas atrás y sabía que en aquel lugar señalizado estaba prohibido aparcar desde nueve de la mañana a una de la tarde, pero el reloj del teléfono marcaba las seis horas y doce minutos de la tarde, con lo que era lícito parar allí.

— Perfecto — dijo Benito en voz alta.

Por el momento, la suerte se había manifestado a favor de ellos al conseguir aparcar la furgoneta precisamente en aquel lugar, dado que era lo que tenían planeado. Pero en los próximos minutos habrían muchos factores variables que danzaban al azar. Ser resolutivo implicaba afrontar las situaciones buscando una rápida solución que implicara el éxito en su cometido, fuera como fuera.

Benito marcó la agenda en su teléfono móvil y buscó alfabéticamente a su contacto por la “M”. Manuel Carballo quedó seleccionado y pulsó el icono verde para llamarlo. Apenas dio un par de tonos cuando descolgaron la llamada por el otro lado.

— Buenas tardes, caballero — dijo Benito —. Le informo que estamos en la posición acordada, preparados para la tarea.

Guardó silencio un instante, del móvil surgió el murmullo ininteligible de su contacto.

— Estupendo, nos vemos en unos instantes.

Benito colgó la llamada.

— En doce minutos contaremos con la presencia de nuestro cliente. ¿Estamos listos? — preguntó mientras dirigió la mirada al interior de la furgoneta.

En la parte trasera viajaban otros integrantes.

Samuel era el cerrajero. Sobrepasaba los cuarenta años. Era de baja estatura y la calvicie a temprana edad lo llevó a raparse la cabeza por completo. Era de cuerpo ancho y sabía defenderse si era necesario aunque no tenía disciplina de combate. A sus pies llevaba la caja de herramientas con la que iba a contar para el trabajo que tenían que realizar en breve.

A su lado iba David, miembro de “*Besafe*”, una empresa de seguridad. Era alto y el más delgado del grupo. Su finalidad era colocar alarmas y cámaras de seguridad.

Al fondo del todo, cercano a las puertas traseras, iba Carlo, un muchacho de origen Italiano. No era precisamente fornido pero era el que poseía el cuerpo más fibrado y atlético. Aún gozaba de la gracia de la juventud y su cuerpo estaba libre de grasas y azúcares. No llegaba a los treinta años pero conocía la ley de la calle y las repercusiones que ocasiona una boca que no callaba a tiempo. De cabello rubio e imberbe, era un muchacho que sabía mezclarse con la multitud y no destacaba hasta que no se quitaba la camiseta y sacaba a relucir sus puños.

Samuel levantó el dedo pulgar, David asintió con la cabeza en silencio y Carlo decidió ignorar aquella pregunta. Benito ya conocía las capacidades del joven Italiano, siempre seguro de sí mismo, además de que su cometido no entrañaba mayores complicaciones.

— Mientras viene el cliente vamos a repasar el plan — dijo Benito —. Hará cosas de unos meses ocuparon un bar en esta zona poco transitada. Según hemos podido investigar por la vigilancia que hemos colocado, se trataría de dos yonkis sin necesidad de una vivienda.

— Putos parásitos — dijo Ahmed en voz alta.

Benito continuó.

— Suelen entrar y salir casi a diario, posiblemente para comprar droga y colocarse. No parecen muy listos pero si lo suficiente como para haber cambiado la cerradura en una noche. Entran y salen sin mucha cautela así que presuponemos que no hay mucha vigilancia. Es fin de semana, así que seguramente salgan a pillar algo para colocarse, en cuanto salgan por esa puerta tenemos quince minutos para realizar el trabajo, veinte como máximo. Samuel, tu te encargas de abrir la cerradura. Hazlo como te plazca, pero necesitamos esa puerta abierta en segundos.

Samuel levantó el dedo pulgar en señal de entendimiento.

Benito prosiguió.

— Una vez la puerta se abra, Ahmed y yo entraremos dentro y procederemos con la operación de orden y limpieza. Si hay alguien dentro, lo sacaremos de buena gana. En cualquier caso, el sitio debe quedar limpio de cualquier indicio de ocupación. David, tu entras seguidamente de nosotros y te pones manos a la obra. Colocarás una cámara de seguridad que enfoque a la puerta, me da igual el ángulo, pero esa intersección debe quedar bajo cubierto de la cámara.

— No hay problema — contestó este.

— Luego abandonamos el local todos juntos, y echamos el cierre con la nueva cerradura ya instalada y con la cámara en funcionamiento. Esperamos que lleguen e intenten entrar, si fuerzan la cerradura de nuevo, la alarma saltará y se avisará a la policía. Se da parte de robo y se les echa de una patada en el culo. Es sencillo y no siempre sale bien, de nosotros depende el éxito de este trabajo. ¿Entendido?

Todos respondieron al mismo tiempo palabras distintas de aprobación, como un pelotón de soldados algo indisciplinados aunque bien instruidos.

Benito asintió con la cabeza y miró al muchacho del fondo, que permanecía en silencio.

— Se nuestros ojos ahí fuera — le dijo.

Carlo, el muchacho de origen italiano, abrió las puertas traseras de la furgoneta y bajó de un salto. Se colocó la capucha de la sudadera y cerró. Luego se dirigió a la ventanilla del copiloto.

— Os iré informando — le dijo a Benito.

— Mucho cuidado.

Benito colocó su puño cerrado frente al chico y este le respondió chocando los nudillos.

Carlo vestía con zapatillas deportivas, una sudadera sin mangas con capucha que usaba para ocultar su rostro y unos pantalones de chandal de color gris. Del cinto llevaba colgando una riñonera con contenido incierto. Su papel era el de vigilar la entrada de la taberna haciéndose pasar por un chaval de la calle que busca un camello a quien comprar algo de heroína. Caminaba desgarbado, con el teléfono pegado a la oreja bajo su capucha, simulando una conversación en el que usaba un parloteo vulgar repleto de localismos.

Dejó de hablar con su fantasma en cuanto pasó por delante de la tasca, atento por si percibía cualquier sonido que proviniese del interior, pero no obtuvo nada y sin embargo, siguió interpretando su papel. Dejó atrás el local y siguió caminando. La calle se inclinaba hacia arriba levemente. Era estrecha y muy poco transitada. Pasó por delante de una gran puerta de madera vieja con aspecto de abandono, permanecía cerrada y no parecía haber sido abierta en mucho tiempo. De las paredes colgaban carteles viejos, algunos medio arrancados y otros descoloridos por la exposición al sol. Uno anunciaba la llegada de un circo con una imagen inquietante de un arlequín de gran sonrisa y ojos saltones, otro anunciaba la candidatura de un concejal a la presidencia de Barcelona, pidiendo votos con un eslogan sencillo y promesas que no llegarían a cumplirse.

Una serie de coches aparcados abarrotaban la calzada. Inmóviles y en silencio sepulcral.

Algunos de ellos llevaban tiempo sin moverse. El polvo había opacado los cristales y el color de la carrocería había perdido su matiz.

Carlo se detuvo cuando estaba ciertamente alejado. Apoyó la espalda contra la pared y mantuvo el móvil bajo su mirada, haciendo ver que escribía un texto. Desviaba la mirada hacia el interior de la calle pero la puerta del local seguía cerrada a cal y canto. Por allí no había nadie salvo él y no había indicios de que hubieran abandonado el bar mientras estaba de espalda. A esa distancia podía observar sin despertar sospechas. Volvería a pasearse de nuevo por delante pasado un rato, a fin de cuentas, aquella vigilancia podía alargarse durante horas.

— Sin novedad — le dijo al teléfono.